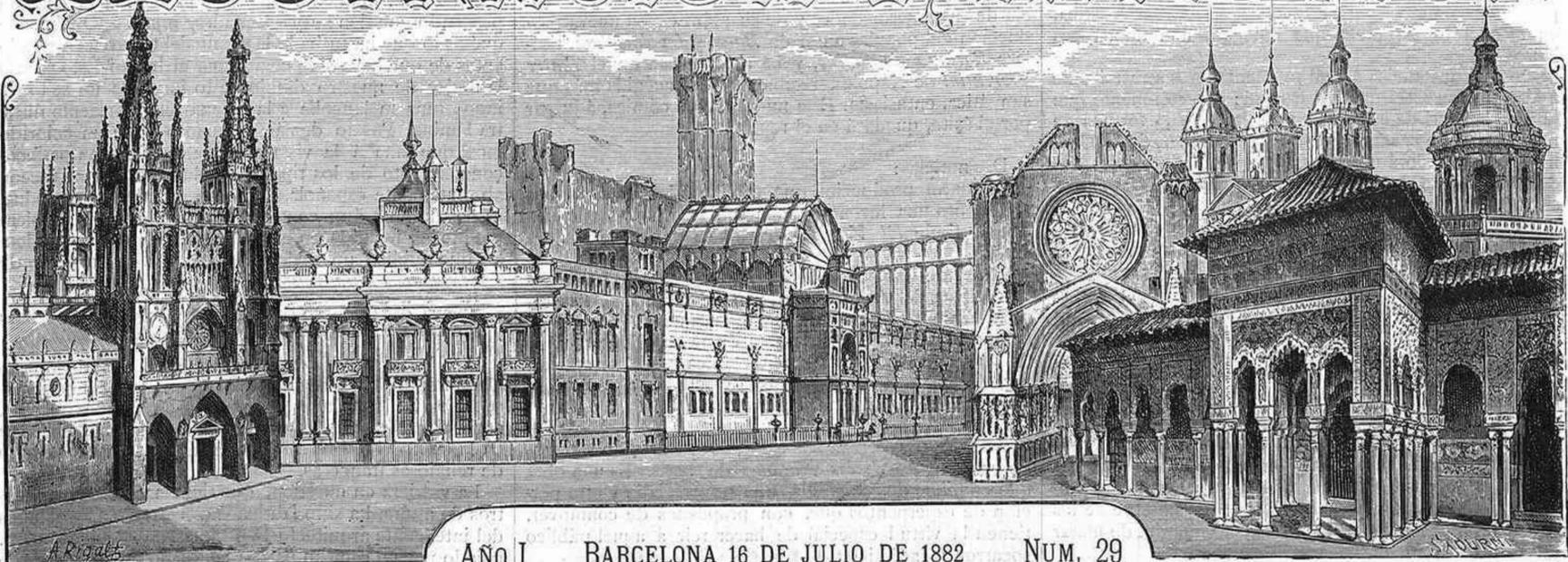


# ILUSTRACION ARTISTICA



AÑO I BARCELONA 16 DE JULIO DE 1882 NUM. 29

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

## SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. R.—NUESTROS GRABADOS. LA CORRIDA, por D. Fernando Martínez Pedrosa.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—EL TOCADOR ANTIGUO, por el Doctor Hispanus.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *Trasfusión directa de la sangre*.

GRABADOS.—LA VUELTA AL MUNDO, dibujo de H. Ronner.—EL NIDO DEL REVEZUELO, dibujo de Giacomelli.—QUIEN CANTA, SU PENSA ESPANTA, cuadro de Ferrant.—VIDRIERA DEL COLEGIO DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS, EN MADRID; obra de D. Eudaldo R. Amigó.—LA ROSSAU DE VIENA, estatua, por Luis Gloss.—OPERACION DE LA TRASFUSION DE LA SANGRE.—Lámina suelta.—EL SUEÑO DE FRA ANGÉLICO, por Alberto Maignan.

## LA SEMANA EN EL CARTEL

Sin que haya mediado tratado alguno de comercio y sólo por la fuerza de las circunstancias, la nación francesa, tan orgullosa del genio de sus hijos y tan pagada de su innato patriotismo, envía de algún tiempo a esta parte á sus más reputados compositores á estrenar sus obras á extranjero suelo. Y es que Francia se resume en París, y con ser esta hermosa ciudad un pueblo cosmopolita, resulta que las producciones bien recibidas, se eternizan en el cartel, no dando lugar á que los estrenos se suce-

dan muy frecuentemente y haciendo imposible que los autores venzan su natural impaciencia de cobrar en aplausos el premio de sus afanes.

Después de la *Herodias* de Massenet, estrenada en Bruselas, le ha tocado el turno á *Velleda* de Lanepven, recibida uno de estos días con extraordinario aplauso en el *Covent Garden* de Londres.

Cárlos Lanepven, natural de Rouen, cuenta á la sazón unos cuarenta años, y es un compositor de talento y sumamente estudioso. Discípulo del Conservatorio, ganó en reñida lucha el gran premio de Roma. Tres años per-



LA VUELTA AL MUNDO, dibujo de H. Ronner

maneció en aquella Academia, regresando luego á Paris, donde con su ópera *Florentin*, mereció el premio creado por Cresscent, célebre filántropo que dejó en testamento una suma considerable, cuyos réditos anuales se adjudican al autor de la mejor ópera francesa que se presenta á concurso. Pero cuando *Florentin* se puso en escena, mal estudiada y presentada con deplorable descuido, sufrió un fracaso, y de tal suerte se desanimó su autor, que por poco renuncia para siempre á su carrera artística, en la cual es de creer que recogerá aún numerosos lauros.

Dos circunstancias á cual más tentadoras arrastraronle á reanudar su interrumpida carrera: el ofrecimiento que le hizo la Patti de estrenar su partitura, y la fortuna de haber caído en sus manos el excelente libretto de M. Chalmel, arrancado á uno de los más dramáticos episodios de *Los Mártires* de Chateaubriand y lleno de magníficas situaciones musicales.

*Velleda* tiene algunas reminiscencias de la *Norma*. Celio, caudillo romano, se enamora de Velleda, la gran sacerdotisa, quien á la vez es amada de Teuter, jefe de los galos. Vencidos estos por los soldados de Roma y excitados por Teuter, dispónense á levantarse contra sus opresores. Velleda debe implorar por ellos la protección de los dioses. Celio, debidamente disfrazado, penetra en el campo de los galos, espiado por una joven romana, Even, que le ama en secreto y sigue sus pasos. Sorprendido por Teuter, el incauto general romano acude á traidora cita que le dan en nombre de Velleda, en el preciso momento del levantamiento de los galos, y cayendo inermemente en manos de los conjurados, pereciera, sin la protectora intervención de Velleda, que en nombre de los dioses reprocha á sus compatriotas la cobardía de matar á un hombre indefenso.

Vencidos luego los galos, todo es júbilo en el campo romano. Los soldados de Roma insultan con sus cantares á los prisioneros galos: Celio manda cesar los cantos, y el orgulloso Teuter, aunque prisionero, increpa duramente á su vencedor. Los soldados de Celio, llenos de indignación quieren matarle; pero se interpone Velleda y obtiene de Celio el perdón de sus hermanos contra las órdenes de Roma que exigen su exterminio.

Celio sigue á la sacerdotisa y le revela su amor; pero Even que ha oído esta declaración, y ve defraudado el que ella siente por Celio; jura vengarse. En dulce éxtasis amoroso, y cuando Velleda se dispone á huir con Celio, preséntanse los galos conducidos por Even y acompañados de Sinon, el gran druida, padre de la sacerdotisa. Echale este en cara su amor culpable, y Velleda con una daga se traspasa el corazón, exclamando: «Amo y me castigo», y Celio, no pudiendo sobrevivir á su amada se hiere con el propio acero.

La música de esta obra recuerda el estilo de Meyerbeer, de Gounod y de Verdi, el insigne autor de *Aida*; pero sin por eso ofrecer reminiscencias que perjudiquen su originalidad. Distinguese en el primer acto la romanza de Celio y la invocación final. La conjuración de los galos contenida en el acto segundo, es una página musical llena de vigor y grandeza, que no se avergonzarían de escribir los primeros compositores modernos. En el acto tercero sucede á los cantos de victoria y de orgía de los romanos, la imprecación de Teuter y un dúo de amor digno rival del gran dúo de la *Africana*. Corona este acto, que es el mejor de la obra, una preciosa fuga en do, desarrollada con amplitud y maestría. El acto cuarto contiene también notables trozos, y escenas enteras impregnadas de sentimiento y colorido.

Un ilustrado crítico inglés resume su juicio en estos términos: «*Velleda* es una partitura construida por un verdadero arquitecto musical, de mano segura, experta y pintoresca: responde en cierto modo á las aspiraciones de la escuela moderna, que con poca razón quizás y á reserva de arrepentirse, quisiera romper los moldes de la ópera antigua, tal como se ha venido comprendiendo desde Spontini á Meyerbeer; pero Lanepveu no ha abdicado en aras del frío razonamiento y de la ciencia sus nativas cualidades de melodista. Abundan en los cuatro actos los rasgos felices y aquellas tiernas y delicadas frases que recoge el oído y llegan al corazón. En suma, *Velleda*, bien concebida, dibujada con firmeza, orquestada magistralmente, hallará su sitio en el juicio de los inteligentes, no muy lejos de la *Aida* de Verdi, á la cual se parece, sin reminiscencias, en su contextura general.»

Inútil decir que la Patti estuvo sublime y el barítono Cotogni admirable: los demás artistas no desmerecieron el buen conjunto y el público tributó al afortunado maestro una ovación de las más entusiastas.

No tardará el público madrileño en conocer esta partitura, pues á lo que parece el activo empresario del *Teatro Real* piensa comprenderla en el repertorio de la próxima temporada.

Gayarre llegó á Pamplona, su ciudad natal, siendo vitoreado por más de 20,000 personas que habían acudido á recibirle con músicas.

El día 9 del corriente, el célebre tenor, en compañía del no menos célebre Sarasate, hijo también de Pamplona, tomaron parte en el primer concierto matinal de las sociedades musicales *Santa Cecilia* y *Orfeon*, desencadenando ambos artistas uno de aquellos desbordamientos de entusiasmo imposibles de describir. ¡Feliz España, feliz mil veces, si el aura popular que hoy sólo acompaña á los toreros, llega algún día á circundar á los artistas!

En Italia ha habido recientemente dos estrenos: el uno, el de *Ercilia* del maestro Pascucci, puesta en la *Alhambra* de Roma, ha sido poco afortunado; bien es verdad que no merece otra cosa la escasa originalidad de la música. El otro, en cambio, ha hecho brillar un rayo de luz consoladora ante los ojos de su desventurado compositor, el popular maestro Sarria, valetudinario ó poco menos á sus cuarenta años de edad, á consecuencia de sus enfermedades y de su pobreza. La nueva producción del popular autor de *Babeo* y *La Campana*, titulase *Regina e Contadino*, y ha sido puesta en el *Teatro Florentini* de Nápoles, recibiendo una acogida más que simpática, entusiasta. Esta nueva ópera cómica, á juzgar por el éxito, quedará en el repertorio.

Dos noticias:

La nueva producción que escribe Wagner tiene por argumento una leyenda de la India; pero no es cierto que se titule *El Vencedor*, como se decía; se titulará *Budha*.

El rey de Baviera no asistirá á ninguna de las representaciones del *Parsifal* que han de darse en Bayreuth próximamente. El monarca se reserva un placer más soberano, y es la audición de esta ópera en el *Teatro Real* de Munich, donde será cantada única y exclusivamente para él, sin asistencia de otro espectador alguno. Sólo los reyes pueden permitirse semejante lujo.

*La belle aux cheveux d'or* se titula un dráma estrenado en el *Teatro de las Naciones* de Paris. Es una obra que contiene dos suicidios, una resurrección y otra porción de esperpentos que, con propósitos de conmover, tienen la virtud especial de hacer reír á aquel público socarrón y escéptico.

¡Y pensar que este es el único estreno que ha dado Paris en el espacio de tres semanas!

Acabo de ver unos datos preciosos que se refieren á los deberes y derechos respectivos de los abuelos de nuestros actuales cómicos. Refiérome á un reglamento de las compañías de los teatros del Príncipe y de la Cruz, únicos coliseos que había en Madrid por aquellos tiempos. Las citadas compañías eran de verso, música y baile: había cómicos que tenían la obligación de cantar, otros la de apuntar y todos sin distinción la de *hacer todo lo que se les mande*. Esto en cuanto á deberes: respecto á los derechos se regulaban por la siguiente tarifa:

Joaquín Caprara (el barba famosísimo), 30 reales diarios.

Antonio Guzmán (el mejor gracioso conocido), 30 rs.

Juan Carretero (primer galán muy reputado), 40 rs.

Isidoro Maiquez (el celeberrimo trágico), 60 rs.

¿Cuál de nuestros actuales actores se resignaría á percibir sueldos semejantes?

J. R. R.

## NUESTROS GRABADOS

LA VUELTA AL MUNDO, por H. Ronner.

Una gata y cinco gatitos han invadido el gabinete de estudio de un geógrafo: uno de los últimos recorre la esfera terrestre y realiza en pocos segundos el viaje á las cinco partes del globo. Su madre le contempla satisfecha: no así como así se tienen hijos que hayan recorrido tanta tierra y tanto mar... pintados. Uno de los hermanitos, colocado al pie de la esfera, mira con envidioso respeto la evolución del intrépido viajero, cual diciendo:—¿cómo delante se las habrá compuesto para realizar esta hazaña?—Otro de los felinos campea por el globo, pero indudablemente ha equivocado el buen camino. Se fatigará mucho y es muy posible que dé consigo en el suelo. Esto significa que no todos los viajeros son tan experimentados como Magallanes, ni tan afortunados como Colón. Los dos gatitos restantes dan muestras de sano juicio, pues antes de lanzarse á empresas arriesgadas, adquieren los conocimientos necesarios. La idea de este dibujo es ingeniosa y su ejecución revela un conocimiento perfecto de la gatuna familia.

EL NIDO DEL REYEZUELO, por Giacomelli

El reyezuelo es un hermoso pajarito, común á las regiones del Asia y de Europa. España es ménos visitada por el reyezuelo, que únicamente viene á ella cuando le molestan excesivamente los frios del Norte. Constituye su especie una transición natural de los filoscópidos á los paros propiamente dichos. Hay tres variantes de reyezuelos, el moñudo, el pirocéfalo y el sátrapa: el pájaro de nuestro dibujo es el de la primera de estas variantes. Su nido, construido algunas veces con pelo de zorras y de otros cuadrúpedos, es bastante difícil de encontrar, pues lo fabrican en lo más espeso de un pino ó de un abeto. El canto de estos animales no deja de tener sus atractivos, y su destreza es tal, que cazan los insectos al vuelo. Giacomelli, que es de presente el primer pintor de pájaros, ha hecho del reyezuelo el protagonista de una bellísima composición.

QUIEN CANTA, SU PENA ESPANTA, por A. Ferrant

Quien canta su mal espanta—dice el refrán;—pero hay un mal al cual no espanta la música y es el mal del corazón, el mal de los tristes presagios. En la parte reservada del circo taurino, el toreador amante respunta la guitarra y la enamorada chula jalea la copla con esa gracia especial de las hijas castizas de los Barrios Bajos

de Madrid. Pero, en medio de todo, una nube de tristeza oscurece el semblante de la niña; diríase que un funesto presentimiento la oprime mal de su grado. Va á comenzar la lidia; el hombre, objeto de su cariño, estará expuesto á un peligro cierto; un público embriagado por las suertes de un espectáculo incivil, calificará de bárbaro y de tumbón y de fachenda al pobre lidiador, á quien en un momento difícil se le oprime el corazón pensando que tiene esposa, madre, hijos... ¿Quién sabe qué es lo que ha turbado la mente del torero un segundo antes de que haya sido cogido por el bruto? Esto piensa la mujer de nuestro dibujo, esto imprime un sello de inoportuna melancolía á la escena que representa nuestra lámina. Por lo demás, el cuadro tiene un colorido local que salta á la vista y está ejecutado con perfecto conocimiento de los tipos reproducidos. Es una escena absolutamente española. ¡Lástima grande que reproduzca costumbres aún contemporáneas y que no hubiera podido ser incluida en el índice de los preciosos artículos que publicó un malogrado escritor con el título de *Los tiempos de Mari-Castaña!*

Vidriera del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús en Madrid; obra de D. Eudaldo R. Amigó

Esta bellísima vidriera, construida en el antiguo establecimiento del citado industrial, que tan merecida reputación ha logrado adquirir por sus esmerados trabajos, está colocada en la capilla del Colegio susodicho, sita en la calle del Caballero de Gracia en Madrid, á cargo de religiosas francesas.

La vidriera en cuestión, que tiene más de nueve metros de altura, ha sido fabricada con arreglo á los dibujos del inteligente arquitecto D. Francisco de Cubas, quien, guiado por un espíritu patriótico, digno de encomio y de imitación, ha tenido y tiene gran empeño en que esta y otras obras análogas se construyan por industriales españoles con preferencia á los extranjeros, y por cierto que en esta ocasión el Sr. Amigó ha sabido corresponder á tal empeño. Las imágenes de San Ildefonso, San Juan Evangelista y San Francisco de Sales, que campean en primer término y tienen dos metros de altura, fueron dibujadas por el aventajado artista D. Isidoro Lozano, pensionado en Roma.

Tanto la vidriera á que aludimos, como otras seis de igual tamaño colocadas en la expresada capilla, son ricas en ornamentación, llenas de primorosas labores, y ostentan combinadas con exquisita armonía, las afligridas bellezas del arte gótico con la severidad propia del lugar á que estaban destinadas.

LA ROSSAU DE VIENA  
Estatua en mármol, por Luis Gloss

Los concurrentes á la Exposición internacional artística de Viena que penetren en el local destinado á obras plásticas, junto á la sección española, y admiren en él las de los más famosos artistas alemanes, no dejarán de consagrar una mirada á una obra de arte que, colocada en modesto lugar, reclama con justicia la atención de los inteligentes. Es una figura alegórica; una hija del pueblo, de formas robustas y graciosas, de aire enérgico y risueño, que sostiene con la diestra un remo y apoya su mano izquierda sobre un escudo. Esta figura representa el arrabal de *La Rossau*, y es un modelo de la que debe colocarse en la fachada de la alcaldía del mismo.

Su joven autor es hijo de la inmediata ciudad de Wiener-Neustadt. Nacido en 1851, consagróse desde la edad de 15 años á esta difícil rama del arte, entrando por de pronto en un taller de trabajos de talla y estudiando posteriormente en las academias de Viena y Munich. Su primer trabajo *La paz*, granjeó merecida fama que confirmaron luego nuevas obras; y hoy puede considerarse como uno de los artistas que honran á su país.

La estatua á que aludimos tiene ocho pies de alto, y según hemos dicho, es la personificación escultórica del populoso arrabal de Viena, llamado *La Rossau*, habitado en gran parte por pescadores y bateleros del vecino Danubio, según da á entender el remo que aquella figura empuña.

EL SUEÑO DE FRA. ANGELICO,  
copia de un cuadro de Alberto Maignan

El ilustre precursor de Murillo, el grande artista que reprodujo á la Virgen María bella y mística á un tiempo, antes de que el gran pintor sevillano hubiese demostrado en sus cuadros la posibilidad de dar forma humana á las obras divinas, se ha dormido junto á su obra; pero ni aún en sueños su pensamiento se separa de las dos obsesiones permanentes de su vida, el cielo y el arte. A entrambos confunde en una misma visión. Sueña durmiendo y sueña que duerme: dos ángeles descendiendo del cielo, dos celestiales artistas que respetan su descanso é interpretan su aspiración. Aquella imagen suspirada, sentida, invocada por el religioso en el colmo de su mística inspiración, Fra Angélico la poseerá en los muros de su convento, y reproducida por él la poseerá el mundo, la admirará la posteridad, y aún después que Bartolomé Esteban y Rafael habrán legado sus Concepciones aquel y éste sus Madonas, el arte registrará el nombre del humilde religioso, en quien el amor al arte y el amor á Dios se confundirán en un mismo sueño de gloria y se revelarán unidos en todas y cada una de sus obras.

LA CORRIDA

Antes de la corrida, sepamos lo que sucedía en una casa de los barrios bajos, de esas en que los inquilinos forman familia y tertulia. Los más de ellos habitan en el patio alegres como duques, y más pobres que las ratas, porque las viviendas parecen ratoneras, de sala y alcoba, y en un rincón de la sala está el fogón, aunque á la verdad, no hace falta, porque allí se acostumbra á comer crudo ó fiambre.

Dos vecinas, nada limpias pero muy curiosas, desentornan la puerta de esos cuartos que no llegan á céntimos, y sacan la nariz para oler donde guisan, ó para oír á Eulogio y Norberta, vecinos de un cuarto con vistas á la calle. Eulogio es papelista con alternativas de pintor de fachadas, y ella hace papeles y se las pinta para cualquier cosa. Son jóvenes muy divertidos que viven en paz cuando hay harina, y en guerra cuando hay mohina, y ahora la hay.

—¿Oye usted, *señá* Susana?

—Oigo, *señá* Candelas.

—Lo de siempre.

—Que ella pide y que él no da; que los chicos lloran; que los padres chillan; que hace días no encienden lumbre, y que ahora disputan por no tener ya qué empeñar.

—Mire usted cómo andarán que ella ha echao un memorial al *Refugio* y están esperando el socorro, como el santo *amenimiento*.

—Y en cuanto lo cojan, ¡sabe Dios para qué será! *Ulogio* es atroz: sabe y puede trabajar y no trabaja. Dice que esto es un mal vicio.

—La *Noberta* tiene un genio de *condená* que no hay quien la sufra. *Desige* mucho. Quiere pan y vino para el pico; un duro en el bolso; botitas de puntera; pañuelo de la India y tener fijo el *tendío* aunque sea de sol.

—Y mañana llevarán á esas criaturitas á los toros, á que las dé una *desolacion*.

—Ande usted que así mamará el niño pimienta ú pólvora.

—¿Ha oído usted rodar un trasto? Algo le ha *tirao*.

—¡Vaya, que está buena la vecindad!

—Estos se *paecen* á la *Getrudillas* y al pánfilo de su *marío*.

—¿Cosme? Tenga usted por seguro que esos acaban mal, porque él está *podrio* de celos....

—De *Chafanditas*, claro; como que se arrima á ella, y ella no se *desaparta del*, y el *marío* se sabe que compró *antier* una navaja de tres muelles para darle el cachete.

—Bien se le ve á Cosme, que hace que se va y vuelve, todas las noches, para pillarla en un renuncio.

—Pues hija, ciego tiene que ser *pá* no *velo*.

—¿Oye usted á *Ulogio*?

—Calle usted.

—Escuche usted y guarde la *jeta* para que no nos *guipen*.

—¡Hija, el jaleo del siglo!

—Me parece á mí, que á *tí te se* va toda la fuerza por la lengua y que echas más *bocands* que la pipa del tahonero de enfrente!

—Calla, Norberta.

—Pues en semana y media que has traído por junto diez y nueve reales, puedes pedir pavo y golasinas; mientras que yo no pido más que acompañarte á los toros. Y tú no quieres faltar á la primera corrida, pero hijo, estás *peristan* de dinero, y ello es que hay que ir. Con que, á ver qué hacemos, porque es sábado.

—Llevar un colchon á D.<sup>a</sup> Pascuala.

—¡Si no discurre más que eso...! Ya tiene otro, y no quedaría más que uno, y luego dirías que te duelen los huesos.... ¡Así te doliera lo que yo dijera!

—¡Calla, Norberta!

—Callaré, porque no tengo humor de riñas, pero el colchon no se empeña. Empeña tú la torera, que ya hace calor.

—Está *acribillá* y no dan nada por ella.

—Echa un memorial á D.<sup>a</sup> Pascuala para que te dé treinta reales, y si te los gastas, tú verás lo que comes. Puedes irte á la fonda de Botín, que yo me las agenciaré, porque si no me cuido, voy á tener que buscar ama.

—¡Todavía tengo yo quien me dé una onza!

—¿De queso?

—Pero aguárdala *sentá*, que yo no pido para que tú te pongas de veinticinco alfileres.

—Tú sí que vas elegante, á la última *destilacion* de los chulos; con el pelo á lo señorito, *acabao* en punta sobre la frente, camisa *bordá* y botones con cadenilla. Méenos cadena quiero yo, y sobre todo, más educación.

—Esa es la que tú das al chico, que no sabe lo que es doble v, y sabe otras cosas.

—Mañana le llevarás tú á los toritos. ¿Le quiere usted más *enseñao*?

—Por la primera vez le voy á llevar, pues yo le crio para que sea hijo de Madrid ¡ley! y que aprenda lo que es una buena *estocá*, ó un par cuarteando.

—Cabalito; y que trabaje.... el domingo!

—Norberta, me parece á mí, que se te ha perdido una *guantá* y que te la vas á encontrar!

En esto se oyó un portazo que había dado la señora Candelas, al ver dos caballeros que llamaban á la puerta de Eulogio. El bravo se aguantó en la alcoba; ella abrió. Era el hermano del *Refugio* que venía á socorrerla, acompañado de un dependiente de la *Santa Hermandad*.

—¿Es V. Norberta Alegría?

—Sí señor, por mal nombre.

—¿Carece V. de recursos?

—Andamos hace días en los últimos.

—¿Trabaja su marido?

—A lo que le sale, porque su oficio de papelista está muy malo, y él no está bueno, y lo peor es que tenemos dos niños, uno de pecho y otro grandecito.

—¿Que irá á la escuela?

—Todavía es pronto. No tiene más que ocho años, pero es listo y de buen corazón.

—Eso es lo mejor, pero no descuidarle.

—Ca, no señor.

—Pues aquí tiene V. sesenta reales, de los bienhechores del *Refugio*. Y al entregárselos, añade presentando el memorial:—Firme V. el recibí.

—¡Lo malo es que yo...! pero aquí hay una señora que sabe de letra, *Señá* Susana, *Señá* Susana. Haga usted el favor de echar aquí una firma.... Ahora vendrá porque anda un poco torpe.... ¡Ay, *cabayero*! no sabe usted lo en punto que viene este socorro! ¡Jesus!

La señora Susana se acerca arrastrando su cuerpo que parece un baul mundo. El dependiente presenta tintero y pluma.

—¿Dónde firmo?

—Ponga usted: «A ruego: Susana de tal.»

Aunque con bastante fatiga, la Susana puso y rasgó la rúbrica.

—Cuatro *garrapatos*. Tengo el pulso perverso. Como estoy tan *pesá*....!

El dependiente repasa.

—¿Cuál es el apellido de V.?

—¿Cuál ha de ser? Torreznó.

—¡Como pone V. «Susana de tal...!»

—Toma, lo que me ha dicho la vecina.

—Pues ponga su apellido por debajo.

La firmante obedeció resultando: «Susana de tal Torreznó.»

—Tantas gracias, decía Norberta, despidiendo á los buenos señores.

Y cuando quedaron solas, la vecina refunfuñaba:

—¡Sesenta *riales*! ¡Hija que sueite! A fe, á fe que ahora no te quejarás, ni gruñirá *Ulogio*, ni llevareis descalcito á *Felipin*. Y tú lo que debes hacer es comer buenas *tajás* para no tener canijo al pequeño. No sé lo que es, pero yo pido y nadie me da un céntimo, y eso que sé *escribil*.

Y la señora Susana se fué tosiendo y tragando saliva.

Norberta puso los tres duros en la camilla. Eulogio salió bailando á lo flamenco.

—¡Olé, viva la gracia! Ya tenemos *calés*.

Y le dió un abrazo.

—¡Bueno, atrácate, hijo; que ya me zurrarás cuando se acabe!—Y le pasó la mano por la cara.—Mira, ya se ha *despertao* el angelito; voy á cogerle y me largo á la cabrería á beberme un vaso de leche vista ordeñar, que me estoy cayendo muerta, y luego iré á la tienda....

—Yo mañana madrugó y me voy á la peluquería.

—Justito: donde te vas es con *Felipin*, á comprarle unos zapatos al *Rastro*, y yo también saldré y así no nos cogerá el casero en casa.

—Y á luego vamos para que no nos birlen los billetes, pues este año, la afición es bestial...! y te compraré un abanico, porque es mi gusto que estrene algo mañana en la *Extraordinaria*. Con que anda, dame dos machos y tú te quedas con uno.

—Bueno, ahí tienes la limosna y luego comemos *alelas*.

*Felipin* asomó por la puerta, salpicados de lodo ropa, cara y manos. Su madre le pegó un boleo y le estampó un beso, diciéndole á gritos:

—¿De dónde vienes, bandido? Mírale, *paee* la estampa de la herejía! Ni con todo el oro del mundo se lleva decente á esta criatura, vaya!

Su padre le interpelló de este modo:

—Mira, *chavó*, si has de presentarte mañana en el redondel, hay que darte un chapuz y una mano de cepillo, porque como soy Eulogio, yo no quiero ir con gente *troná*.

—¿Ves lo que dice tu papá, facineroso? ¡Que no te lleva á los toros!

—¿Y á mí, qué? En la *Ronda* tienen corrida los chicos, y no he querido ser picador, ¡con que mira!

—Pero, hombre, ¿cómo has de ser picador sin ir á la Plaza de véras?

—¡Tienes que *deprender* de los maestros!

—¿Pues, por qué no me ponen á la escuela, que todos saben leer, méenos yo?

—Calla, adoquin, ¿qué tiene que ver la Escuela con los toros?

—Mañana te toca *divittle*.

—Entónces, bueno.

—¡Pues floja es la *Corrida*! ¡Matan *Patagorda* y *Sapito*!

—¡Pues yo no quiero que me maten!

—¿Será inocente este chico? Es que no tiene ni pizca de malicia.

—Es tan corto, que si le *atizan* un revés, yo creo que se calla.

—Hay que despabilarle con sangre.

—Si no ven el peligro se crían como mándrias.

—Como afeñiques.

—Ahora vén al cubo, á lavarte la cara.

Norberta dió á *Felipin* un jabon: tomó un cortadillo de leche; luego cenaron todos un guisadillo de patatas nuevas, para no desmembrar el dinero de la *corrida*, y al rayar el siguiente día, ya estaba la familia en pié, poniéndose decentitos. *Felipin* estrenó zapatos. Norberta sacó el pañolon negro, de Manila, que aunque tenía zurcidos, pasaría por nuevo. Peinó sus negros cabellos, cubriendo la frente con un enverjado de ojos y rasgueaduras, que parecían hechos á pincel, y Eulogio se cortó el pelo, echado hácia adelante, pegadito á las sienes, y vistiendo chaquetilla, pantalones de embudo y sombrero alado, de color de canela, formando en la copa lomos de panecillo francés. Doce realitos gastaron nada más y gracias á un amigo del Despacho, en cada uno de los tendidos del 4, ó sean treinta y seis por los tres asientos, pues ya se sabe que los niños de pecho no pagan por ver los toros, y descontados los gastos del día, incluso una botella de *peleon* que Eulogio llevaba á prevención en un taleguillo rayado, quedóles de sobrante, una peseta.

Por la calle de Alcalá, abajo á la que á la, iba la familia del obrero *pedibus* andando. *Felipin* á remolque de Eulogio, y llevando Norberta el niño en los brazos, entre la animación, el gentío y el movimiento de la popularesca oleada. ¡Qué volar de ómnibus de dos pisos, cajones ó galerías ambulantes donde va empacutada la divertida humanidad! ¡Qué trotar de cuadrúpedos y jinetes, cuyas masas dominan el picador de rodela y moña y de piernas cuadradas amarillas, que comparte con su escudero la frágil cabalgadura, y el típico alguacil con su ramito de plumas llamativas en el sombrero! ¡Qué trajín de coches de todas castas, desde el aristocrático *landó* al vetusto *pesetero*, desde el *Milord* á la *Victoria* donde lucen la clásica mantilla las mozas de rumbo ó las *pájaras* del mundo medio. Al verlas correr y adelantarse, decía Norberta con acento quejumbroso y limpiándose el sudor:

—¡Qué bien *colocás* van esas; y una á pata y hecha una mula de carga! Mira, Eulogio, cuando tengas una buena contrata de *empapelao* y salgamos de apuros, iremos siempre á la Plaza, en una *Manuela* de ruedas amarillas. Hijo, es que tengo capricho de probar una *Manuela*!

—Yo también, pero lo que es hoy, tienes que ir en una Norberta.

*Felipin* al llegar á la puerta de Alcalá, decía:

—Papá, me canso.

—Anda, flojon, que ya descansarás en el *tendío*. El niño dormía la siesta.

Llegaron; entraron al gran palco ó freidero nacional, entre apreturas y codazos. Todo el sol del universo estaba tendido en aquel tendido de sol! Las piedras parecían ascuas: *Felipin* decía al sentarse:

—Papá, por arriba me ahogo, y por abajo me quemó!

—Calla, contestaba la madre, y mira á la Plaza que ya van á salir los *diestros*.

—¿Dí, los diestros son hombres ó animales?

—Chiquillo, añadia el padre, atiende y no preguntes, ¡ley!

—¡Qué hermosa está la Plaza! ¡No cabe ni la punta de un alfiler!

—Mira aquella *barbiana* que ha *colgao* en la barandilla su pañolon rojo con flores *dorás* y fleco blanco!

—¡Ay, Eulogio, cuándo tendré yo uno así, *pá lucile*!

—Mira donde está el *Chocolá*: mira el Serafinito; mira la Jesusa; mira el Cosme con la *Getrudillas*....

¿No los ves?

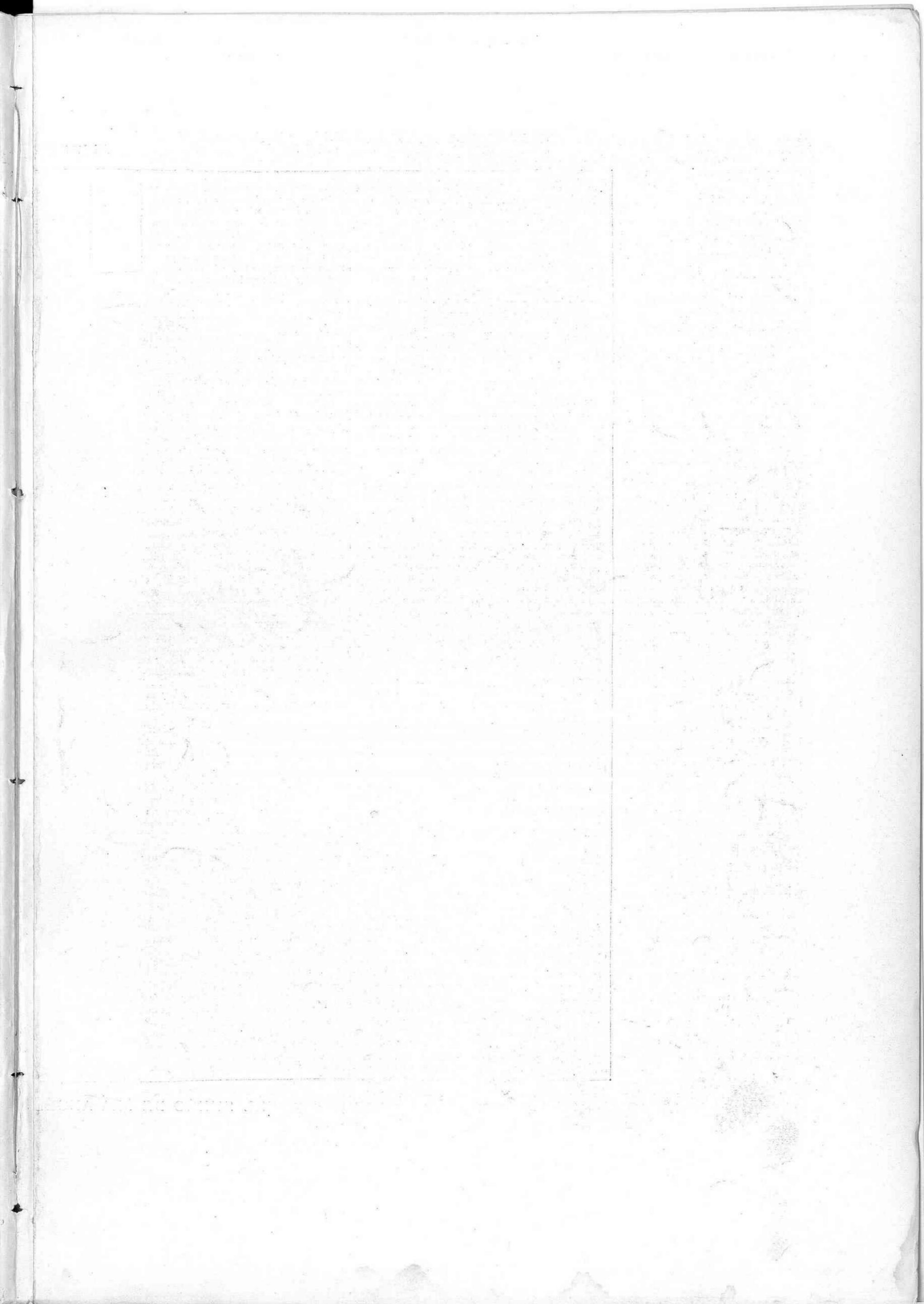
—¿Y *Chafanditas* no está?

—Sí, allí cerquita.

—¡Como siempre! ¡Ya les *guipo*! ¡Ya les *guipo*!



EL NIDO DEL REYEZUELO, dibujo de Giacomelli

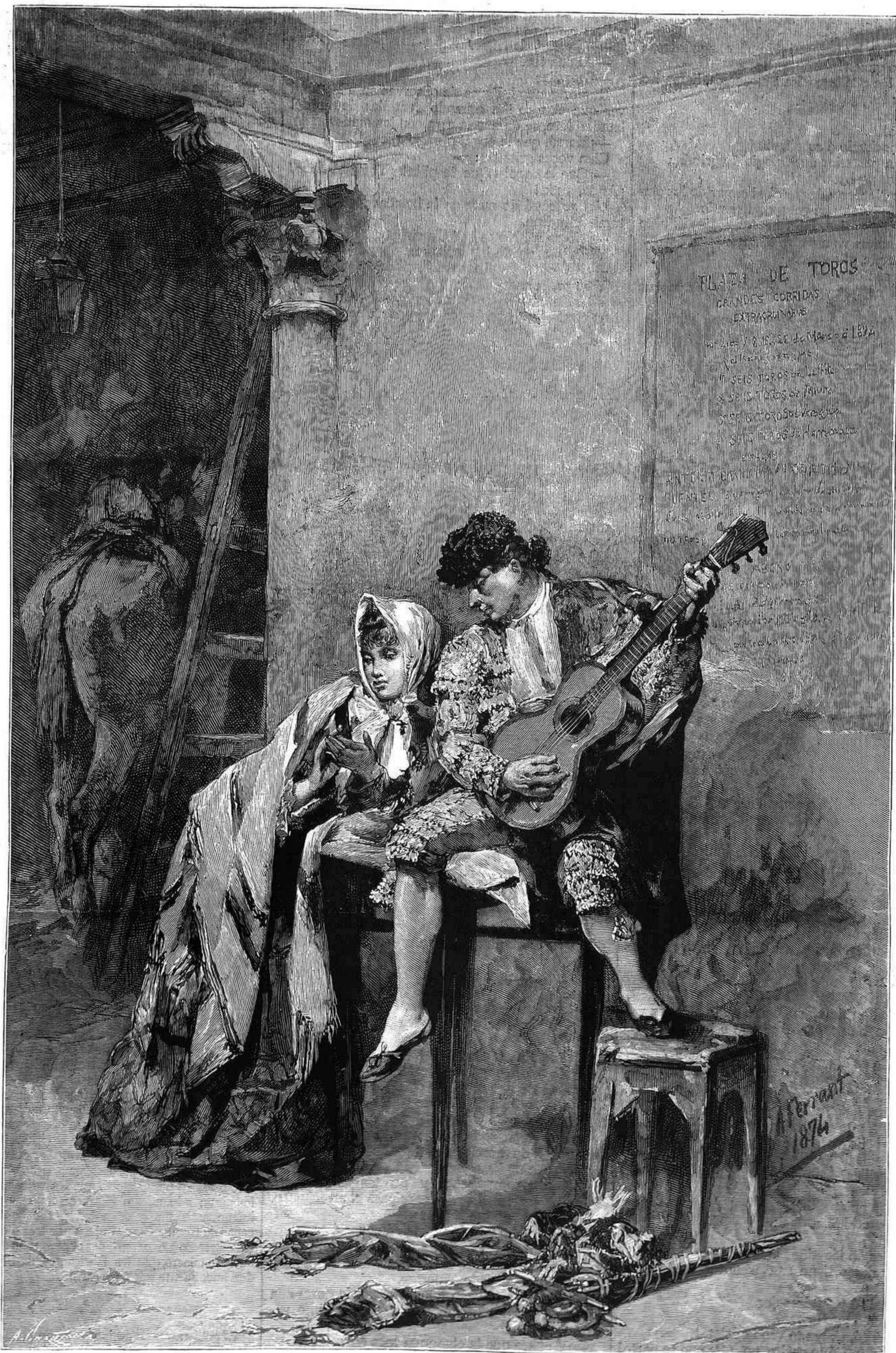




EL SUEÑO DE FRA ANGÉLICO (COPIA DE UN CUADRO DE ALBERTO MAIGNAN)

ALBERTO MAIGNAN  
1882





QUIEN CANTA, SU PENA ESPANTA, copia de un cuadro de A. Ferrant (grabado de A. Carretero)

Tocó la música una marcha trompetera y salió en procesion la cuadrilla y su séquito.

—¡Güeno, güeno!  
—¡Anda, anda!  
—¡Nálos, nálos!  
—Sapito de verde! Patagorda de obispo....!  
—¡Y Calambre de lila!  
—¡Y les tocan las palmas! ¡Hombre, aguárdense ustés á que lo ganen!  
Y suenan los que la crítica taurómaca, llama los tamburines y las pepitañas.  
—¡Atencion!  
—¡Callarse!  
—¡Cada mochuelo á su olivo!  
Una vecina posterior de Eulogio, le gritaba:  
—¡Asiéntese usted, narices!  
El bebé de Norberta despertó al sonar de los clarines, y ella le levantaba en alto, diciendo:  
—¡Mira, gloria, rico, mira los toreros!—El niño movía las manitas y su padre añadió:  
—¡Ya aplaude, el indino!  
Y Felipin contestaba:  
—Papá, si es que quiere pegar bofetás porque le han despertao.  
—¿De quién es el ganao? voceaba un chulo.  
—¿De quién ha de ser? Del Conde de Terremotos.  
—Pus me parece que esta tarde tendremos salchichas!  
—Ahí está. ¡Vaya una res brava! Mira, Felipin. Y Felipin volvía la cara diciendo:  
—¡Me asusto!  
—Esa fiera sale huida.  
—Es de muchos piés. Llamarla con la percalina.  
—¡Andar, tumbones!  
—¡Qué vara tan larga saca usted, Camisolín!  
—Vaya un clarinete que te has echao!  
—Es una jaca primorosa!  
—Era lo que no hay de maja, pero le dió el muermo y ha vento á parar aquí. Miste allí el amo, el que la ha vendío al contratista.  
—¿Cuál?  
—Uno gordo que está en aquel palco. Tós aquellos lipendis son de la junta protetora de los animales.  
Se oyen gritos y risotadas.  
—Ya se acostó el señor de Camisolín. ¡Buenas noches!  
—¡Menudo porrazo!  
—¡Picadores! ¡picadores!  
—¡Vaya un boquete, camará!  
—¡Probe toro! ¡Si echa un caño de sangre!  
—¿Pues y la jaca? ¡Qué par de ovillos lleva colgando!  
Y exclamaba Felipin, compungido:  
—Papá, ¿ha matao ya el toro al hombre?  
—No, no te asustes.  
—¡Como el hombre le ha hecho tanto daño! ¿Y qué es eso que lleva colgando la jaca?  
—Las tripas.  
—¡Y se las va pisando! ¡Se va á morir! ¿Y por qué se amonta el hombre sobre la pobrecita?  
—Para que el toro acabe con ella.  
—¡Qué barbaridad! ¡Pues ya hay cinco caballos muertos!  
—¡Mejor!  
Y añadía Norberta:  
—Este collon de chico, como es la primera vez que viene, todo le choca. Anda, hijo, que ya te irás acostumbrando.  
—¡Ya está en el suelo otra vez Camisolín!  
—¡Tumbon! ¡Fuera! ¡A picar á su parienta!  
—¡Es una buena puya! ¡Buena, buena!  
—Aplaude, Felipin.  
—¡Si se ha roto el hombre la cabeza!  
—¡Bravo! ¡Bravo!  
—¡Banderillas!  
—¿Banderillas? ¡No lo entiende usted! ¡No lo entiende usted!  
—Papá, ¿á quién silbas?  
—A la autoridad.  
—¡Anda!  
—¡Aquí están los niños bonitos!  
—¡Qué salidas tiene usted, señor Gatera! ¡Qué salidas!  
—Pues sal tú y házlo mejor.  
—Yo lo creo que lo haré.  
—Lo qués tú, sí; ¡ya te veo la coleta!  
—¡Calla chavó, ó te suelto un títte que te parto!  
—¿Tú á mí? ¡No se da usted poca tolerancia!  
—¡Y ustés parece en lo fino, un señorito de esos que tienen tres almuerzos atrasaos!  
—¡Silencio!  
—¡A la cárcel!  
—¡Fuera, fuera!  
—¡Que baile!  
Eulogio sacó la botella y calmó á los contentientes.

—Vaya, un sorbito de nétar.  
Y bebieron todos, empinando Norberta la botella á Felipin, que decía:  
—Yo no quiero vino que voy á emborracharme.  
—¡Chico, alégrate y calla!  
Aplauso descomunal. Gatera había puesto dos palitos como dos soles.  
—¡Camará, de búten!  
—Al cuarteo.  
—Sesgadas.  
Rumor general. Pausa de observacion. Felipin al ver que el toro iba echando centellas detrás del banderillero, se tapaba la cara con las manos.  
—¡Mamá, que le coge! ¡Tengo miedo!  
Cien voces gritaron:  
—¡Que le coge! ¡Que le pillá! ¡Toma el olivo!  
¡Anda, anda!  
Gatera cayó de nuca en la barrera y se levantó tambaleándose.  
—¡No es ná! No es ná! Un varetazo.  
Y Felipin repetía balbuciente:  
—¡Ha matao ya el toro al hombre?  
Y su padre contestaba:  
—Chico, diviértete y aplaude. Y palmoteaba desahoradamente gritando:—¡Gatera, vales más oro que pesas!  
—¿A qué tocan la trompeta? preguntó Felipin.  
—A la muerte.  
—Pues vámonos.  
—¡Caballito! ¡Si ahora empieza lo mejor! Mira á Patagorda que está brindando. Ya viene al toro.  
¿Ves la espada y la muleta?  
—¡Qué trasteo tan refino!  
—¡Qué mano izquierda!  
—¡Mucho cuidao!  
—¡No te metas, que te va á faltar toro!  
Eulogio y Norberta no respiraban. Felipin ponía cara de difunto.  
—¡Ahora!  
—¡No te escames!  
—¡No bailes la polka!  
—Esté Patagorda tiene un torear muy alegre.  
—¡Ahora se sale! ¡Váyase usted al limbo!  
El maestro pega una estocada en hueso y queda desarmado. El toro da un derrote y se viene al bulto. Patagorda tropieza con la jaca muerta y resbala. Todas las lenguas de la Plaza exclaman:  
¡Ah!  
y en seguida:  
¡¡Oh!!  
Patagorda fué cogido, arrojado por lo alto, recogido y vuelto á arrojar.  
—¡La estocada ha sido buena! ¡Manífica!  
—¡Bien, bien!  
—¡Viva Patagorda!  
—¡Vivaaa!  
Patagorda, ensangrentado, está en tierra como muerto. Sapito echó el capote y sacó al toro asesino, por lo cual recibió palmas, cigarros y sombreros. Llevaron entre cuatro al primer diestro, que presentaba la cara lívida de un cadáver. El populacho miraba á Sapito con profunda admiracion.  
Voz de Eulogio:—¡Sapito, eres un valiente!  
Voz de Norberta, ronca de entusiasmo:—¡Bendita sea tu madre!  
Felipin, sin quitar la vista del semblante y de la sangre de Patagorda, decía llorando:  
—¡Lo ve usted, madre, el toro ha matado al hombre! ¡Quiero irme! ¡Qué barbaridad! ¡Vámonos á casa!  
—¡Chiquillo, si eso no es nada!  
—¿No te da vergüenza llorar?  
—¡Ha sido una estocada de mala sombra!  
—¡Mira, mira á Sapito que va á matar. Diviértete, hombre!  
Pero el chico, con el corazon oprimido, se levantó en ademán de marcharse. Su padre sacó la botella y le asió de un brazo.  
—Espera, muchacho, y no tengas jindama. Toma un sorbito, á ver si te se pasa el arrechucho. Y el chico-hombre repetía:  
—¡Madre, me voy á morir! ¡Vámonos á casa!  
Norberta volvió en sí de su vértigo y al ir á levantarse, advirtió que el niño de mantillas parecía insensible, aletargado, enfermo.  
—Eulogio, está visto que no se puede gozar con criaturas. Ya que han muerto á ese toro judío, vámonos. Anda.  
—¡Y ahora que la charanga toca peteneras!  
—¡Que quieres hijo!—dijo suspirando; y poniendo los dedos sobre la frente del niño, añadió:—Tiene calentura!  
Felipin seguía sollozando como el que lleva dentro una pena muy honda y al verse fuera de la Plaza decía:  
—¡Tengo hambre!  
—Tiene razon, contestó Norberta. Ya se me olvidaba que hoy no habíamos comido.

Llegaron á casa despues de dos horas, entre ahogos del chico, ayes de la madre y acentuadas interjecciones del padre. El chiquitín no daba señales de existencia. Norberta le acercaba el pecho á los labios, y.... nada. Hubo que llamar al médico de la casa de socorro. Gastóse en pan y naranjas, el mísero remanente de cuatro reales, único haber de la familia torera. El médico recetó; y al anochecer, llevó Eulogio el consabido colchon á la casa de préstamos de D.<sup>a</sup> Pascuala, donde supo que Patagorda estaba espirando, noticia que ocultó á Felipin. Este comió una naranja y un pedazo de pan, y quedóse dormido, soñando con la lidia.

A la mañana siguiente, ofánse grandes alaridos en la calle. El barrio alborotado, contemplaba este cuadro: Getrudillas venía de la plazuela acompañada de Chafanditas. El marido celoso la esperaba detrás de una esquina, con la navaja de tres muelles, en facha. Chafanditas al verle, huyó. Cosme le corrió toda la calle, y al llegar á la casa de Eulogio, entablaron lucha cuerpo á cuerpo. El pueblo bramaba: la calle hervía. Felipin al ver el corro, se encaramó á la reja, gritando con todos sus pulmones:

—¡Papá, mira la Corrida, la Corrida!  
Cinco minutos duró la escena. Getrudillas pedía socorro, puesta en cruz: su acompañante defendíase con un garrote. El marido ofendido le cogió la accion, atravesando de un certero navajazo el corazon de Chafanditas. El vecindario quedó mudo de horror. Eulogio furioso exclamó:  
—¡Qué barbaridad! miéntras su hijo palmoteaba loco de alegría, gritando:  
—¡Buena estocada! ¡buena! ¡buena! ¡Bravo! ¡bravo! ¡Viva! ¡viva!  
Una voz aguardentosa, gritó:  
—¡Ahí está la autoridad! y Felipin dió un silbido diciendo:  
—La autoridad, papá. ¡Silba, silba!  
¡Pobre Felipin! Aquella tarde, al fijarse en el rostro de su hermanito, decía:  
—¡Mamá, el niño tiene el mismo color que Patagorda y Chafanditas!  
Norberta se estremeció, quién sabe si de remordimiento.  
Cuando el chico vió salir de su casa para el Cementerio, una cajita de color de rosa con galonadura blanca, conducida por cuatro niños de la vecindad, en la que resaltaban una cabecita descompuesta, orlada de rosas mustias, desecho de algun festin, y un semblante de color de cera, quedóse pensativo y contestó á la señora Susana que le preguntaba:  
—¿De qué ha muerto el chiquitín?  
—De un tabardillo que cogió en la Plaza de toros.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA

## NOTICIAS GEOGRAFICAS

El país de Sonneberg, en el ducado de Sajonia-Meiningen, es famosísimo en toda la Alemania por su industria especial. Desde la Edad media es el centro de fabricacion de esos juguetes de madera y otras baratijas que se conocen con el nombre de «artículos de Nuremberg». En aquellos tiempos, todos los países de la Europa occidental compraban estos productos de los bosques de Turingia: hoy los grandes comerciantes del país y de Nuremberg los envían á las más apartadas regiones del globo.

En Sonneberg y en las aldeas inmediatas, de seis á ocho mil personas viven de la fabricacion de esos juguetes, de los que hay más de tres mil clases distintas; perogan su vida con mucho trabajo, pues esos objetos de madera se pagan á precios inverosímiles, teniendo que contentarse muchos individuos con un jornal de 60 céntimos de franco. Verdad es que esos montañeses han aprendido intuitivamente, por decirlo así, la ley de division del trabajo para obtener mayor economía de tiempo, así es que uno hace solamente brazos de muñecas, otro brazos ó piernas, otro une los varios miembros, otro los pinta; y lo mismo acontece con cuantos objetos fabrican, así es que pueden dar, por ejemplo, setenta docenas de trompetas para niños por tres ó cuatro pesetas. Cálculase en 3,000 toneladas el peso total de los juguetes de todo género que los fabricantes de Sonneberg exportan anualmente por ferro-carril.

\*\*\*

El gobierno de Washington se propone dirigir una invitacion á los de los países extranjeros para la reunion de un Congreso internacional científico, tan luégo como el Congreso y el Senado voten la proposicion siguiente, aprobada ya por la comision nombrada al efecto:  
«Se autoriza y requiere al presidente de los Estados Unidos para que dirija á los gobiernos de todas las naciones que mantengan relaciones diplomáticas con el nuestro la invitacion de nombrar delegados que, avistándose con los de los Estados Unidos el día que se crea oportuno prefijar, designen el meridiano que consideren

más conveniente para emplearlo como cero comun de longitud y como patron del cálculo de la hora en el mundo entero.»

Es inútil encomiar la importancia de la medida que se propone para los estudios científicos, y más especialmente para los que se relacionan con la geografía y la navegacion.

\* \*

La comision nombrada por el ministerio francés de Negocios extranjeros para examinar el proyecto de creacion de un mar interior en Argelia se ha dividido en tres subcomisiones encargadas de estudiar el proyecto: la primera bajo el punto de vista técnico; la segunda bajo el fisico, y la tercera bajo el militar y marítimo.

La primera y tercera subcomisiones han informado desfavorablemente: aquella, porque los gastos ascenderian á 600 millones, y ésta porque el mar en cuestion ofreceria muy poco interés marítima y militarmente considerado.

EL TOCADOR ANTIGUO

Ovidio lo dijo. «El cultivo transforma la tierra forzándola á producir los dones de Ceres; el cultivo torna en dulces los más amargos frutos; el árbol adquiere por el ingerto las más preciosas cualidades. El arte lo embellece todo; la tierra desaparece cuando se la recubre de mármol.... Aprended, pues, mujeres cuáles son los medios de embellecer vuestro semblante y de aumentar y conservar vuestra natural hermosura.»

En todos tiempos y en todos los lugares parece que la mujer ha leído y aprendido estos consejos del autor del *Ars amandi*. ¿Es esto censurable? De ningun modo. Al hombre le preocupa la ambicion, la gloria, las riquezas además de los amores; y la mujer busca, sobre todo, el agrandar, y á este objeto se dirigen la mayor parte de sus pretensiones. Por eso desde las edades más remotas y lo mismo en Oriente que en Occidente, al Septentrion que al Mediodía, el sexo femenino ha buscado y utilizado los medios de aumentar sus encantos, no sólo por disponer de más armas, sino por natural satisfaccion y vanagloria.

Si en estos secretos del arte del tocador no se mezclara para nada ninguna cuestion referente á la propia salud de la mujer, no habria por qué intervenir en tales asuntos, y lo más que la ciencia y la 'civilizacion hacer debieran, seria poner sus adelantos y elementos á disposicion del bello sexo para que este los utilizase segun las inclinaciones de su gusto.

Desgraciadamente, como en el empleo de los cosméticos al lado del problema estético hay un problema higiénico, la ciencia, que deja íntegra la resolucion del primero á las profesoras del tocador, no puede menos de intervenir en el segundo.

\* \*

Y no es la época presente cuando más se han usado los cosméticos. En los antiguos imperios del Oriente, en los que las clases más privilegiadas vivian entre el lujo más deslumbrador y los placeres más refinados; en las sonrientes y templadas campañas de la Grecia, donde tanto culto se rendia á la forma; en la imperial Roma, centro despues del fausto y de la disolucion, llegaron los artificios del tocador á un refinamiento que hoy asombra.

La India y la Arabia, países del áloe y del incienso, de la mirra y el benjuí, suministraban mil penetrantes perfumes obtenidos de las embriagadoras flores que en aquellas comarcas crecen. Los fenicios aportaban celebradas materias colorantes, cuya fama ha llegado hasta estos días. Los armenios y griegos primero, y los romanos más tarde, elaboraron preciosos aceites y bálsamos de las más raras virtudes. Más léjos, allá en los últimos confines de los países por donde nace el sol, mezclaban y mezclan á estas esencias, pomadas y arboles, las embriagadoras emanaciones del opio.

Para convencerse hasta dónde habia llegado el uso de todas estas sustancias entre los moradores del Oriente, no hay más que observar el minucioso estudio que habian hecho de todas ellas. Los más

elevados personajes dedicaban largas horas á estas cuestiones, y no es de extrañar que Cleopatra y otras reinas del tocador, al cual debian muchos de sus triunfos, escribieran largos tratados sobre los cosméticos que tan hábilmente manejaban.

En los banquetes griegos cada convidado se presentaba completamente teñido y perfumado; pero cada parte del cuerpo tenia su perfume especial. La menta en los brazos; el aceite de palmera en el pecho; para los codos y rodillas la esencia de la hiedra, y frotadas las cejas y cargados los cabellos de pomada de almoraduj. Usábase la esencia de rosas como útil en las orgías; el perfume extraido de las ojas de la vid para mantener la lucidez en la inteligencia; considerábase el perfume de violetas como conveniente para favorecer la *digestion*, y el aroma del membrillo para contrarrestar el sopor y la dispepsia.

El poeta cómico Alexis, cuatro siglos ántes de Jesucristo, muestra en un pasaje de su *Colon* el refinamiento de la época, hablando del modo con que Lais y Friné recibian á sus adoradores. «No hundia sus dedos en la caja de alabastro como en lo antiguo era costumbre; dejaba libres cuatro palomas impregnadas de esencias diferentes y, al volar sobre nosotros, sus alas húmedas desprendian una lluvia

de esencias y perfumes que empapaba nuestros vestidos y salpicaba nuestras cabelleras.»

Roma, en sus primeros tiempos, hizo muy poco uso de tales atavíos y refinamientos de la voluptuosidad; pero pronto aquel pueblo austero y rudo adquirió la aficion al lujo y á la disipacion, llevando más adelante que los griegos el abuso de los cosméticos.

Teñíanse los cabellos con mirto, jugo del ciprés y cáscara verde de las nueces. Empleaban para precaverse de las canas una mezcla de aceite, cenizas y pasta de lombrices, y para evitar la calvicie las bayas de mirto y grasas animales. Se ponian rubios los cabellos con las heces del vinagre ó con el jugo del membrillo mezclado al del ligustro, práctica muy en boga entre las mujeres públicas á las que estaba prohibido llevar el pelo negro.

Estilábase ya el carmin para colorear las mejillas y la mandrágora para disimular las arrugas del semblante. Del minio y bermellon habia gran consumo. Las minas de Almaden sólo se beneficiaban para obtener este último producto. Con el excremento de cocodrilo se preparaba una apreciada materia colorante que debia ser análoga á la que hoy con el nombre de murexida ó purpurato de amoniaco preparan los químicos con el ácido úrico de la orina.

En suma, el tocador de una dama romana era un verdadero almacén de los más variados productos de las más ricas esencias y aceites maravillosos. Levantábase la dama romana á mediodia y frotaba sus manos, brazos y rostro con *helenium* (pomada muy olorosa), *lomentum* (jabon de harina de habas) y *Cesypo* de Atenas (jugo aceitoso de la piel de la oveja). El *alcynoe* daba despues brillantez á su semblante; empastaba pecho, brazos y garganta con jabon de las Galias, compuesto de grasa de cabrito y ceniza de haya, aromatizado con nardo de Persia; se enjuagaba con agua de Cosmús ó Niceras (perfumeros entonces en moda), y dejaba despues que por turno fueran desempeñando su cometido el encargado de teñir el pelo, el pedicuro, las peinadoras y las perfumistas.

Estas últimas tenian bastante que hacer, pues en materia de perfumes los romanos añadieron á los de Egipto, India y Arabia los que producian Italia, España y las Galias. El junco oloroso era el perfume más comun y reservado únicamente á las meretrices; los más estimados eran los de las rosas de Poestum, del nardo y del cinamomo. Estos perfumes eran empleados con loca profusion, embalsamando con ellos sus baños, sus aposentos y sus lechos.

En los convites los derramaban sobre las cabezas de los convidados; en las representaciones escénicas sobre actores y espectadores en forma de finísima lluvia, al modo de la que con los modernos pulverizadores se consigue; ántes de las batallas las águilas romanas eran bañadas en las más finas esencias y otro tanto se acostumbraba hacer despues de las victorias.

Con las invasiones de los pueblos del Norte todas estas costumbres cambiaron por completo. Durante los siglos posteriores de pelea y de misticismo la vida fué menos muelle, las comunicaciones con Oriente ménos fáciles y el uso de cosméticos de toda clase mucho más restringido. Pero á poco fueron apareciendo en los castillos de los señores poderosos y en las cortes de los monarcas; las expediciones de los cristianos al Asia enseñaron á los pueblos de Europa la vida sensual y voluptuosa de los moradores del Oriente, y poco á poco, al desperar en el Occidente la aficion al arte y á las ciencias, al empezar á constituirse las grandes nacionalidades europeas, y las sociedades á entrar en moldes nuevos, fueron de nuevo infiltrándose las antiguas costumbres griegas y romanas; bien que modificadas con el sabor de la época, en Italia, en Francia, en Inglaterra, en toda Europa, en fin.

Los artistas italianos atraídos por Francisco I y Catalina de Médicis fueron los que introdujeron y



VIDRIERA COLOCADA EN LA CAPILLA DEL COLEGIO DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS, EN MADRID. Obra de D. Eudaldo R. Amigó

propagaron en Francia los cosméticos en la época del Renacimiento. Decayó un poco su uso en tiempo de Enrique IV y volvió á extremarse en la corte de Ana de Austria y más todavía durante la Regencia. Entonces fué cuando Juan Liebault publicó sus famosos trabajos sobre perfumería. La mariscal Richelieu vivió durante sus últimos años envuelta en una atmósfera odorífera obtenida por medio de pulverizadores que insuflaban los perfumes en sus aposentos. Creció aún más el uso de los cosméticos en tiempo de María Antonieta que gustaba de los aromas más delicados, pero durante la austera época de la revolución todos los afeites cayeron en desuso y sólo se conservó una pomada que se llamó de Sanson ó cosmético de la guillotina. Esta época pasó pronto; en tiempo del Directorio el reino del tocador recobró su predominio y lo ejerció como nunca. Desde entonces y con varias alternativas, el uso de los cosméticos se ha extendido más y más, pero afectando el carácter con que hoy día se presenta.

En Inglaterra fué la reina Isabel quien más los propagó y puso en moda, y desde entonces de tal modo cundieron y tales abusos ocasionaron, que en 1770 el grave Parlamento inglés publicó, obligado sin duda por las circunstancias, el singular decreto siguiente:

«Toda mujer, de cualquier edad, rango, profesión ó condición que sea, doncella ó viuda, que á partir de la fecha de este decreto *engañe, seduzca ó arrastre* al matrimonio á cualquiera de los súbditos de S. M. valiéndose de perfumes, cabellos postizos, afeites de España ú otros cosméticos, cotillas de acero, guardainfantes, zapatos de tacones y falsas caderas, incurrirá en las penas vigentes contra la hechicería y demás maniobras de engaño y superchería, y el matrimonio será declarado nulo y sin ningún efecto.»

DOCTOR HISPANUS

### CRONICA CIENTIFICA

#### TRASFUSION DIRECTA DE LA SANGRE

Uno de los procedimientos más recomendables para efectuar esta importante operación, tan preconizada hoy en los casos de anemia extrema, es sin duda el del Dr. Roussel de Ginebra, mérced al cual se ha conseguido hacer poca curación notable que ha llamado la atención de los médicos y cuyas circunstancias vamos á exponer sucintamente.

La Sra. M..., de treinta y un años de edad, habia tenido cinco hijos y dos abortos. En diciembre de 1881, y á los seis meses de embarazo, dió á luz dos gemelos, uno de ellos muerto, habiendo vivido el otro muy pocas horas. La paciente fué debilitándose por grados hasta el punto de que el 1.º de febrero, su estado era desesperado; inapetencia, vómitos, insomnio, inercia, diarrea, fiebre hética anémica, faz cadavérica, muerte inminente; tales eran los síntomas de la enfermedad. Entonces los médicos de cabecera indicaron como postrer recur-



LA ROSSAU DE VIENA, estatua en mármol, por Luis Gloss

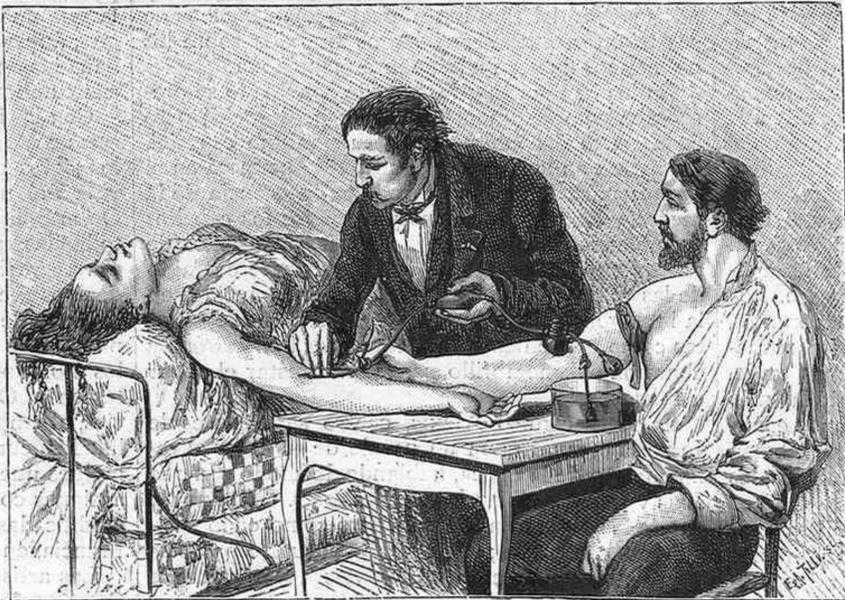
so para salvarla la transfusión directa de la sangre, en la que convino el Dr. Roussel, consultado al efecto, y cuya operación describe este en los siguientes términos:

«El 5 de febrero vi á la enferma inerte, casi sin conocimiento, sin calor, sin respiración, pálida como un cadáver, con las venas invisibles y pulso filiforme á 140.

agua así como el de expulsión y quedó así establecida la corriente sanguínea directa. Poco á poco, y sin apartar la vista de la enferma, comprimí el globo-bomba, y la sangre penetró fácilmente en la vena de aquella por dosis de 10 gramos; á la segunda sístole del globo, la enferma respiró más profundamente y más de prisa; á mis preguntas, respondió que no sentía mal-estar alguno, y si únicamente cierto calor que le subía del brazo al pecho.

«El doctor Brochin notaba á su vez que la sangre henchía el tubo de goma y la vena á cada presión ejercida en el globo; y en efecto, la vena era cada vez más visible y túrgida hasta junto al sobaco. A la décimaséptima dosis de 10 gramos, observando alguna resistencia en el globo y cierta agitación en la enferma, suspendí la operación cuando ya habian pasado á las venas de ésta 170 gramos de la sangre de Renaud. La transfusión apenas habia durado 5 minutos.

«El día 8 de febrero, la enferma pudo dormir, aunque se despertaba á menudo: aquel día comió seis veces, habló en alta voz, y no sintió dolor alguno. Al día siguiente durmió toda la noche, lo cual no lograba hacía ya seis semanas. El 11 entró en convalecencia, y el 13 pudo dejar el lecho, estando ya completamente curada.»



Operación de la transfusión de la sangre

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria